



EL CORREO DE LA MODA

PERIODICO DE MODAS, LABORES Y LITERATURA.



Núm. 35. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Setiembre 1872. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXII.

EDICION DE LUJO
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.

Un mes.	12 rs.	Tres meses.	38 rs.
Tres meses.	32	Provincias.	74
Seis meses.	62	Un año.	144
Un año.	120		

En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 10 ps.—En Filipinas y el Continente de América 15 ps.

DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI.
REDACCION Y ADMINISTRACION
Plaza de Prim, núm. 2 — Madrid
Los pedidos de suscripciones pueden hacerse á la misma Administracion en libranzas de Giro mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de Correos en carta certificada, pues la Admon. no responde de los extravíos.

EDICION ECONOMICA
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.

Un mes.	8 rs.	Tres meses.	24 rs.
Tres meses.	20	Provincias.	46
Seis meses.	38	Un año.	84
Un año.	72		

PUNTOS DE SUSCRICION. — Madrid: Administracion, Plaza de Prim, 2; Hijos de Pelegrini, Caballero de Gracia, 8; librería de Cuesta, Carretas, 9; Bailly-Bailliere, Plaza de Topete; La Publicidad, Pasaje de Matheu; L. Lopez, Cárcen, 20; Durán, Carrera de San Jerónimo, 8; Sanchez Rubio, Carretas, 31; Guizarro, Preciados, 7; Moya y Plaza, Carretas, 8; Gaspar y Roig, Izquierdo, 4; San Martin,

P. del Sol; y Administracion de El Cascabel, Plazuela de Matute, 2.—PROVINCIAS. En Barcelona, en la Administracion del Correo de LA MODA, calle del Carme, 24, 4.ª; en Valencia, en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos.—En París Mr. François Ebhardt, 53, rue Vivienne, près le Boulevard, y C. A. Saavedra, 55, rue Tailbout.

SUMARIO.

Madame de Maintenon, por la Condesa de Araceli.—*Ida*, por Josefa Estevez de G. del Canto.—*La Salve*, poesía, por Gabriel Maldonado y Gonzalez.—*Epistola*, poesía, por Joaquina Balmaseda.—*Rodolfo de Habsburgo*, por Nicasio Alvarez.—*El puente de Lladoner*, por Angela Grassi.—*El final de la Straniera*, por Vicente Cuenca.—*El antifaz de terciopelo*, por E. de Mendoza y Peijó.—*Explicacion del figurin*.—**VARIEDADES.**—*Charadas*.—**GRABADOS.**—*Madame de Maintenon*.—*Las delicias conyugales*.—*Rodolfo de Habsburgo, emperador de Alemania*.—*El cuento de la abuela*.

MADAME DE MAINTENON.

Francisca de Aubigné nació muy lejos de las gradas del trono sobre el cual debía sentarse algun día. La que debía reinar de un modo absoluto sobre el corazon de Luis XIV, rey de Francia, vió la luz del día en una oscura cárcel. Su padre, el amigo de Enrique IV, habia tomado una parte tan activa en los disturbios de la época, que fué encerrado con su mujer, que no quiso abandonarlo, en la conciergería de Niort.

No recobró su libertad sino á condicion de que partiria al instante para América, á donde partió en efecto, llevándose consigo á la pequeña Francisca. Pero sumido allí en la miseria, y luchando con contrariedades de todo género, tuvo que separarse de ella y mandarla á Francia, en donde su madre, muy pobre tambien, la confió á su amiga Mad. de Villette, quien únicamente por caridad se encargó de darla educacion. Del poder de esta pasó al de Mad. de Neuillant, que era algo parienta suya, y en cuya casa tuvo que verter muchas lágrimas y apurar muchos sinsabores.

Llegó por fin un día en que circunstancias particulares condujeron á la bella Indiana, que así la llamaban, á Versailles, en donde solicitó la proteccion de las damas de la corte. En vez de esto halló un esposo, que, si no era aceptable por sus condiciones físicas, lo era por su talento. El poeta Scarron, célebre entónces en la república de las

letras, estaba paralítico, y pocos atractivos pudo ofrecerla semejante enlace. Llenó con él, no obstante, los deberes de esposa; pero Scarron murió muy pronto, dejando á su de viuda sumida otra vez en la miseria.

Apesar de esto la hermosa Indiana, cuya virtud era muy rígida resistió á todas las seducciones, y limitó sus deseos á obtener una corta pension del rey para poder vivir independiente. Para esto utilizó á los numerosos amigos de

su marido, los cuales presentaron infinitos memoriales á Luis XIV, pero éste parecia experimentar cierta aversion hacia ella, aunque no la hubiese visto jamás.

Durante mucho tiempo, súplicas y memoriales no surtieron ningun efecto, y fué preciso que la misma favorita, Madame de Montespan, se encargase del asunto.—¡Todavía la viuda de Scarron! exclamó el monarca enojado; ¡es posible que me haya de perseguir constantemente!

Sin embargo firmó la orden, y Francisca fué á darle las gracias por haberla concedido la anhelada pension.

Su hermosura, su modestia, su dignad y la discreta cultura de sus palabras y maneras, cautivaron al monarca, quien la nombró aya de los hijos de Mad. de Montespan, recompensándola por esto con tal magnificencia, que pudo comprar el dominio de Maintenon, que el mismo Rey erigió en marquesado.

A la muerte de la Reina, que acaeció en 1683, Mad. de Maintenon gozaba ya de mucho influjo en la corte, pues el Rey estaba encantado de su dulzura, su talento y su exquisita cortesania, cualidades que realizaban en sumo grado su hermosura.

Sin embargo, la honrada viuda supo resistir á todos sus halagos.

«A cuarenta y cinco años, escribia Mad. de Maintenon á una de sus amigas, no hay que pensar en agradar; pero la virtud es de todos los tiempos y de todas las edades.»

Su resistencia produjo un resultado inesperado. En 1686 el Rey se casó secretamente con ella en un aposento del palacio de Versailles, celebrando el casamiento Mgr. de Harlay, arzobispo de París.

Y hé aquí, mis jóvenes amigas, cómo la niña nacida en una cárcel, educada en la pobreza, la que pasó su juventud cuidando á un triste paralítico y enseñando á los hijos de la favorita, llegó en una edad, que puede llamar-



MADAME DE MAINTENON.

se avanzada, á sentarse en uno de los más brillantes tronos del mundo.

¿Quiénes fueron los géneos benéficos que agitando sus mágicas varitas, produjeron tal cambio en su fortuna? La bondad, el talento, la virtud.

LA CONDESA DE ARACELI.

IDA.

HISTORIA DE UNA SALVAJE DE LA ISLA DE MINDANAO.

La luna brilla en el firmamento iluminando con su argentina luz las feraces campiñas y los bosques seculares de la Oceanía, y se retrata suavemente en las ondas agitadas del mar.

Una joven, casi una niña, pues apenas tiene diez y seis años, sentada en la pintoresca playa de Pundaguitang, pueblo Manobo (1), distante unas treinta millas de Davao, capital de Nueva-Guipúzcoa, en la isla de Mindanao, contempla con ansiosa mirada un barco que se descubre á lo lejos.

Una ligera brisa acaricia la blanca lona con que adorna sus mástiles y vergas, y movido por ella no debe tardar en llegar al puerto.

La joven se levanta impaciente, y dirige al cielo miradas suplicantes, pidiéndole sin duda conceda á la embarcación un viento favorable.

Sus ojos, llenos de lágrimas, revelan un intenso pesar. Sus labios exhalan tristes suspiros cuando contempla á un niño que lleva en sus brazos, y al cual prodiga tiernísimas caricias.

La joven está vestida con el traje que usan generalmente las mujeres salvajes de su raza, en especial las que habitan en los bosques, que se extienden desde el Cabo de San Agustín hasta el seno de Davao.

Lleva una chaquetita semi-ajustada, de mangas estrechas, abierta por delante en forma de corazón, la cual deja casi descubierto su turgente seno. Una falda sumamente estrecha, y tan corta, que apenas la llega á las rodillas, de una tela oscura con dibujos de color mas claro, lustrosa como la percalina, tela de abacá que fabrican los salvajes, y la cual llaman jabol ó dagmay.

Multitud de anillos de alambre dorado adornan sus piernas desnudas y los dedos de sus pies, pequeños como los de una niña de diez años.

Sus cabellos, negros y brillantes como el raso, los cuales en otras ocasiones van recogidos sobre la parte alta de la cabeza, sujetos con una pequeña y caprichosa peineta, y adornados con un ramo de ilang-ilang, ó con la blanca flor del nardo, están ahora tendidos con desaliño por la espalda; y aunque la joven es de regular estatura, la llegan hasta los pies como un tupido velo.

Sus ojos, grandes, negros y de mirada profunda y triste, son tan hermosos, que aquel que llega á verlos no se le ocurre pensar, ni se fija siquiera en que esta mujer tiene la nariz incorrecta, los labios abultados y el color ligeramente cobrizo: la hermosura de aquellos ojos parece reasumir en sí todas las bellezas, y el que llega á contemplarlos, no sabe ni puede hacer otra cosa que admirar ó amar aquellos ojos, que brillan en el rostro de la joven como dos piedras preciosas engastadas en un óvalo nacarado y veladas por largas y rizadas pestañas; pudoroso velo, que parece destinado á ocultar el brillo de aquellos dos luceros para que no deslumbre al que los contemple su esplendorosa luz.

Inocente salvaje, nacida en la alegre ranchería que se levanta no lejos de la playa, escondida entre plátanos, cocoteros, cacao, cafetales y laureles, sin conocer del mundo mas que aquel tranquilo nido.

Sin mas adornos para embellecerse que las flores de sus bosques, ni mas espejo para contemplar su belleza que las serenas ondas del cristalino arroyo donde se baña todos los dias al asomar la aurora.

Inocente salvaje, sin mas religion que la obediencia á su padre; que no sabe, que no conoce las palabras *Dios* y *alma*, por mas que un secreto instinto la enseñe que detrás del azul de los cielos se oculta un Sér superior que todo lo puede, y la costumbre establecida entre los suyos de colocar ofrendas sobre la tumba de los muertos, la indique la creencia de que hay algo en el hombre que sobrevive á su frágil existencia mortal.

¡Pobre salvaje! ¿Por qué lloras, y contemplando la lejana embarcación pronuncias con apasionada ternura un nombre desconocido entre los tuyos, un nombre extranjero?

¡Victor! repite sin cesar, ¿por qué no vienes á calmar

la pena de Ida? Y después besa al niño, y dirige al cielo miradas de súplica, á falta de una oración que no han aprendido á pronunciar sus labios.

I.

Dos años antes del dia en que principia nuestra historia, una goleta mercante, de buen aparejo, ligera quilla y cortante proa, echó sus anclas en el puerto de Pundaguitang en una serena y hermosa mañana del mes de Diciembre. Llamábase la *Conchita*, y el capitán Víctor Perez, que era el que la mandaba, tenía fama de ser uno de los mejores marinos mercantes del Archipiélago filipino.

Algunos momentos después, la metálica voz de un agut (1), que tocaba en la playa un marinero por mandato del capitán, atrajo á aquel sitio multitud de salvajes de ambos sexos deseosos de ver las mercancías que debía traer la goleta, pues como los barcos mercantes que habian ido allí otras veces, se habian anunciado del mismo modo, no dudaban que este lo fuese tambien, y que viniese provisto de las telas y chucherías que tanto agradan á los salvajes.

A la sombra de un árbol corpulento, un indio que debía ser el contramaestre de la goleta, ayudado por algunos marineros, habia colocado sobre petates (2), extendidas en el suelo multitud de piezas de telas (de algodón en su mayor parte) de colores vivos; montones de abalorios, barras de hierro, de las cuales hacen los salvajes sus afilados críes y campilanes, y sus agudas lanzas, y pilas de platos pequeños, que es lo que mas estiman, porque los platos son entre ellos la única moneda. Por lo demás, á cambio de estos objetos dan á los comerciantes europeos ó indígenas carey, concha, nácar, cera, canela, sibucac, almáciga y otros cien productos de los cuales apenas conocen el valor, y de los que generalmente sacan los comerciantes un quinientos por ciento de ganancia.

Detrás del contramaestre se veía sentado perezosamente en una butaca de bejuco, de las que se fabrican en Joló, y fumando un rico veguero, al capitán Víctor, el cual miraba, tal vez con aparente indiferencia, á los salvajes agrupados y sentados en cuclillas cerca del vendedor, los cuales hacían gestos de admiración grotescos y lanzaban extrañas exclamaciones.

El capitán era un joven de unos veinte y siete años, alto y bien formado, cabellos rubios, ojos azules y decididos, cariñosos y audaces al mismo tiempo.

Blanco, pero tostado por el viento y el sol, como lo están generalmente los que pasan su vida en el mar, tenía la frente espaciosa, la nariz fina y la barba rubia y rizada como sus cabellos, que asomaban ensortijados bajo su gorra de dril blanco con visera negra. Vestía pantalón y americana de guingon azul y botas de dril blanco.

El sol lanzaba ya sus rayos postreros entre celajes de variados y preciosos matices, celajes que formaban en el horizonte caprichosas y fantásticas figuras, ora asemejándose á las ruinas de un castillo destruido por un incendio voraz, ora figurando animales de extrañas formas y de proporciones gigantescas, ora perfiles suaves de figuras humanas blancas y aéreas como visiones celestes.

El sol, hundiéndose en las ondas del mar, le doraba con sus rayos, y las aguas y los horizontes parecían unirse y formar una sola materia de luz esplendorosa y de belleza sublime, formando el todo un conjunto, un espectáculo mas fácil de ser admirado que descrito.

Los salvajes iban ya retirándose á sus hogares, llevando cada uno los objetos comprados, ó por mejor decir cambiados, cuando un anciano vestido con chaqueta y pantalón encarnado, y cubierta la cabeza con un pañuelo del mismo color colocado en forma de turbante, apareció en la cima de un montecillo cercano, el cual ocultaba por aquella parte á Pundaguitang. El traje encarnado daba á conocer que este anciano era entre los de su ranchería el valiente de los valientes, el temido entre los enemigos de su pueblo; y la rica lanza que empuñaba en su mano derecha, adornada con incrustaciones de plata, lo mismo que el afilado cris que llevaba sujeta á la cintura, indicaban que era tan poderoso como valiente.

Con efecto: este salvaje era lo que nosotros llamaríamos un millonario.

Poseía ochenta mil platos, y para guardar su tesoro no necesitaba arcas de hierro, llaves ni candados: le tenía en el bosque colocado debajo de un árbol, seguro de que nadie se lo tocaría, porque entre aquellos salvajes no se conoce el robo, delito que por otra parte sería castigado con la decapitación; pero nunca tienen que apelar á este extremo.

(1) Especie de campana en forma de caldero que tocan los salvajes con un palillo parecido al de tocar el bombo, tanto en sus fiestas como en los combates.

(2) Estera fina formada de palmas ó de bejuco.

Poseía ochenta mil platos, treinta esclavos de ámbos sexos y cuatro águnes, con los cuales armaba una música muy grata á los salvajes; pero poco agradable á los oídos europeos, haciéndolos tocar por sus esclavos los dias que tenía gana de divertirse.

A su lado iba una joven de ojos negros y hermosa cabellera; y los salvajes, que se retiraban á sus hogares, exclamaron al verlos:—Es el valiente Datto Tamporong y su hija predilecta la hermosa Ida.

Tamporong era el Datto, Jefe ó Príncipe de los Manobos, y se veía mucho mas respetado por sus súbditos que lo están ahora todos los Reyes de Europa.

Los últimos rayos del sol que doraban la cumbre del montecillo, cubrieron con una poética aureola al anciano y á la joven; y el capitán, que dirigía casualmente sus ojos hacia aquel lado, los contempló un momento con admiración, sintiendo un placer semejante al que experimentamos al contemplar un cuadro de costumbres pintado por mano maestra.

Tamporong y su hija se acercaron, y el capitán, que no habia abierto los labios en toda la tarde, los abrió por primera vez para decirles en dialecto visaya, el cual, si no es idéntico al de los manobos, es sin embargo algo parecido, para que estos le comprendan sin gran trabajo, algunas palabras amables, invitándoles á que eligieran los objetos que fueran mas de su agrado, añadiendo que deseaba fuera contenta aquella hermosa joven.

Ida levantó sus bellos ojos, que hasta entonces habia tenido humildemente bajos, y fijó una mirada, mas bien de curiosidad que de agradecimiento, en el capitán; pero volvió á bajarlos instantáneamente, porque al encontrarse con la mirada atrevida de éste, sintió una impresión que no habia sentido hasta aquel momento, impresión que inundó su alma de un placer inefable, cual si se abrieran delante de sus ojos nuevos horizontes iluminados por un astro mas brillante que el sol, y un mundo desconocido lleno de mágicos encantos.

—¿Has visto á esa joven? preguntó el capitán al contramaestre, después que el Datto se marchó con su hija.

—Sí, amo, respondió humildemente el indio, y la he hablado algunas veces, lo mismo que á su padre, cuando estuve aquí el año pasado con la goleta *Soledad*.

—¡Que me place! dijo alegremente el capitán, y añadió: mira, Tomás, es necesario que vayas al pueblo, que renueves tu amistad con el Datto, y que hagas de modo, y esto es lo mas interesante, que su hija consienta en venir á hablar conmigo.

—Trabajo, señor, el conseguir todo eso, respondió el indio, porque oí decir cuando estuve aquí el año pasado, que el Datto tenía muy guardada á la hermosa Ida. Decían los manobos que la quería casar con Malila, Datto de los Bilanes, para ver si de este modo podia hacer la paz con él, pues hasta ahora siempre han estado en continua guerra.

—¡Casarla! exclamó el capitán con una sonrisa burlesca, ¿acaso se casan estas gentes?

—Sí, amo, se casan, aunque no tienen padre cura que los case.

—Lo supongo, dijo el capitán riéndose.

—Ellos tienen sus ceremonias como nosotros las nuestras, y lo principal de todo es que el novio tenga muchos platos, telas y abalorios para dotar á la novia y para regalar á sus parientes. El dia de la boda hay gran comida, morisqueta (4) amasada con camarones, gallinas cocidas y monos asados, que es uno de los platos que más les gusta, y beben un licor muy fuerte, hecho de miel fermentada y otros ingredientes. Después bailan una danza moviéndose acompasadamente, gesticulando mucho, y haciendo sonar los cascabeles con que las mujeres adornan los cuchillos que llevan sujetos en la cintura y los alambres que rodean sus tobillos. Los hombres suelen imitar en su danza el ataque y defensa de un combate, dan muchos saltos, y hacen mil vistosos juegos con la lanza y la rodela; en fin, es muy divertido ver todo esto, señor.

—De modo, que si yo quisiera, dijo el capitán, siempre en tono de burla, podria casarme con la hermosa Ida, con la condición expresa, por supuesto, de no asistir al banquete, porque te aseguro, mi buen Tomás, que eso de ver comer un mono asado, lo considero superior á mis fuerzas.

—¡Tú! señor, casarte con una manoba.... dijo el indio mirando pasmado al capitán. Tú, castila y cristiano, no puedes, señor, casarte con una infiel.

—¡Pesch!... al contrario, como es infiel, nada importa casarse con ella... de burlas... Vamos, no me mires tan espantado Tomás. No seas imbécil, véte, y haz lo que te he dicho.

Tomás inclinó la cabeza con la humildad propia de to-

(4) Arroz cocido, que en los pueblos filipinos, tanto salvajes como civilizados, equivale al pan.

dos los de su raza, dió algunas órdenes á los marineros que acababan de recoger los objetos que habia extendidos en los petates, y tomó el camino del pueblo pensando en la mejor manera de cumplir las órdenes de su amo.

El capitán permaneció un instante meditabundo, y después, haciendo un gesto como aquel que ha tomado una resolución decisiva, echó á andar en la misma dirección que llevaba el contraamaestre.

II.

La noche ostentaba su estrellado manto, la luna brillaba en el firmamento clara y apacible, iluminando suavemente la tierra y los mares con su argentada y poética luz.

El ilang-ilang, el cinamomo, el laurel de la canela, y otros árboles y plantas aromáticas de que están poblados los bosques de la Oceanía, inundaban el ambiente de penetrantes y deliciosos perfumes.

Próxima á la casa del Datto Tamporong, aislada como lo están todas las de los salvajes, se veían dos mujeres sentadas al pie de un cocotero y hablando en voz baja. Un silencio profundo reinaba á su alrededor, turbado solamente por el ruido de las hojas de los árboles, mecidas por la brisa, y el murmullo lejano de las ondas del mar.

—Te aseguro, decía una de las mujeres, que jamás podré olvidar á ese castila de ojos de cielo; ojos que solo él posee sin duda, porque jamás he visto ningún hombre que tenga los ojos de ese color.

—¡Ay ama! tu tendrás que olvidarle, contestó la otra, porque probablemente nunca le volverás á ver; y entonces, ¿de qué te servirá pensar en él?

—Aquí, y aquí, vivirá siempre, contestó con vehemencia su interlocutora, llevándose la mano al corazón primero y después á la cabeza.

—A mí me gustaría mas el Datto Malila, á quien tu padre tiene elegido para esposo tuyo, ama.

—Mira, Laguan, dijo Ida estrechando entre sus pequeñas manos la mano de su esclava. ¿Ves la diferencia que hay entre la noche y el día, entre el sol y la luna, entre el arroyo en que nos bañamos y ese mar que tenemos delante de los ojos?... Pues Malila es la luna, la noche y el misero arroyuelo, y el castila es sol claro, día sereno, mar azul en un día de calma.

—Malila es muy valiente, ama, contestó la esclava; dicen que su casa está adornada por fuera con mas de veinte cabezas humanas de los enemigos que ha vencido; solo tu padre es tan valiente como él, y....

Laguan no prosiguió, porque sintió un ligero ruido; las dos mujeres se volvieron á mirar y vieron acercarse á un hombre. Era Tomás.

Este se acercó, y después de saludar amigablemente á Ida, que se habia puesto en pie, lo mismo que su esclava, las preguntó si podría hablar con el Datto.

—Creo que sí, contestó Ida, pero acércate á la casa y preguntáselo á algun esclavo.

—Quisiera venderle una escopeta, dijo Tomás, porque sé que él la desea mucho.

—¿Y qué es eso? preguntó Ida.

—Un arma de fuego que le hará ser, si llega á poseerla, temido de todos sus enemigos y envidiado hasta de sus amigos.

—¡Ah! exclamó Ida estremeciéndose; esa arma es de las que usan los castilas y contra la que nada pueden nuestras lanzas y crises, ninuestras flechas envenenadas.... Sí, sí, anda pronto, estoy segura de que mi padre te la comprará enseguida.

—Sí, sí, vete buen Tomás, dijo en visaya una voz masculina de timbre juvenil y sonoro, ya no haces falta aquí; y el capitán se apareció delante de las dos mujeres, que dieron, al verle, un ligero grito, disponiéndose á huir como dos gacelas asustadas á la vista del cazador.

—No huyas ni te asustes, tímida cambina, (1) añadió el capitán, deteniendo á Ida, y cogiéndola una mano que ella no se atrevió, ó no pensó en retirar. No te asustes, y escúchame. Desde que te he visto no se hacer otra cosa que pensar en tí, y jamás mujer alguna me ha inspirado una pasión tan vehementemente como la que me has inspirado tú sólo con fijar en mí tus bellos ojos.

Ida, trémula y palpitante como un pajarillo cogido en la red, escuchaba las palabras de Víctor sin comprenderlas apenas; pero estas palabras resonaban en su oído mas dulces y armoniosas que el canto de las aves cuando al asomar la aurora entonaban sus conciertos en el frondoso laurel que daba sombra á su ventana.

—Ida, prosiguió Víctor, ¿me amas?

—¡Oh señor! pudo al fin decir la inocente salvaje, yo no sé explicarme como tú te explicas; pero yo he sentido lo mismo que tu sientes, y cuando me aparté de tí he

sufrido un dolor muy grande, como si atravesaran mi pecho con una flecha emponzoñada.

—¿De veras has sentido lo que dices? la preguntó Víctor con voz apasionada, sin acordarse que hablaba con una criatura inocente y cándida cual ninguna de las que él habia conocido hasta entonces. Ida, yo te amo, y quisiera pasar á tu lado toda mi vida.

—¡Ay señor! dijo ella atreviéndose á fijar sobre Víctor sus hechiceros ojos, eso será imposible; tú te marcharás con tu barco, así como se han marchado otros comerciantes castilas que han venido aquí otras veces y que no han vuelto más.

Al decir esto, un suspiro de melancolía se escapó de sus labios.

—El barco es mio, y nada me impedirá volver á Pundaguitang dos ó tres veces al año. Además, si consientes en seguirme, te llevaré conmigo á todas partes. En vez del dagmay que ahora vistes, tendrás ricas sayas de seda, peinetas de oro y pendientes de piedras preciosas que no conoces todavía y que te harán parecer más hermosa. Verás las ciudades de los castilas, tendrás cuanto anheles, y vivirás siempre amada por mí.

—¡Oh, señor, señor, dijo con voz conmovida la pobre salvaje, tu voz es más dulce á mi oído, que el panal de miel lo es á mis labios. Tú hablas de un modo que yo no he oído jamás. Entre nosotros no se habla así, pero... huir contigo... dejar á mi padre... ¡jamás! ¡jamás! dijo la joven con energía, y como si se estremeciera al pensar en la fuga.

Por mas que Víctor usó toda clase de promesas, todas las seducciones posibles, Ida fué inquebrantable. La idea de la fuga la asustaba.

—Mañana, cuando el lucero de la tarde brille en el cielo, volveré á verte, dijo Víctor, y entonces tal vez no pienses como ahora piensas.

—Pensaré, señor, lo mismo que hoy, dijo tristemente Ida. Quisiera ser tu esclava; pero dejar la tierra donde he nacido, abandonar á mi padre, jamás. Adios para siempre... Adios. Y ligera como una corza echó á correr hácia la casa de su padre, como si temiera ser vencida en su resolución si permanecía allí mas tiempo.

Víctor no habia esperado esta resistencia, y su amor propio se irritó fuertemente. ¡Cómo! pensaba con cierta amargura. Una salvaje á quien él ofrecía montes de oro se resistía así á sus seducciones, cuando tantas mujeres civilizadas no habian sabido resistirse á ellas! Y sin embargo, ninguna le habia confesado su amor tan pronto y tan candorosamente como Ida.

Víctor habia sido afortunado en sus amores, y preciso es decirlo, esto le habia hecho algo fátuo.

(Se continuará.)

JOSEFA ESTEVEZ DE G. DEL CANTO.



SALVE Á LA VIRGEN.

(Glosa.)

Dios te salve, Reina y Madre,
fuente de misericordia,
lazo hermoso de concordia
que une el hombre á su Criador.
Blanca estrella matutina
que en los espacios fulgura,
vida, esperanza y dulzura
del misero pecador.

Dios te salve, á tí clamamos
desde este valle de luto,
do pagamos el tributo
de la culpa original.
Donde el árido desierto
con nuestro llanto regamos,
y sin cesar suspiramos
por otro valle eternal.

Valle de encantos, Señora,
donde el justo se enajena
al contemplaros tan llena
de gracia y de perfeccion.
Valle de paz y ventura,
mansion de inefable calma,
por la que suspira el alma
en su triste expatriacion.

Por eso en llanto deshechos,
desterrados y sin guía,
venimos á tí, María,

en demanda de piedad.

Concédele, Virgen pura,
Madre del Verbo escogida,
y á nuestra prece sentida
vuelve tu dulce mirar.

Y cuando errantes lleguemos
de la muerte al trance duro,
condúcenos al seguro
de la celeste mansion.
Y allí el fruto contemplemos
de tus entrañas bendito,
en éxtasis infinito
de beatífica fruicion.

Ruega por los pecadores,
dulcísima Madre mia,
Virgen candorosa y pia,
Madre del hermoso amor.
Para que dignos seamos
de ver un tiempo cumplidas
las promesas ofrecidas
por Cristo nuestro Señor.

GABRIEL MALDONADO Y GONZALEZ, Presbítero.

Aguilar, Agosto de 1872.

A MI QUERIDA AMIGA

Y DISTINGUIDA ESCRITORA ÁNGELA GRASSI.

(Epístola.)

No me quieres venir á sorprender,
y visitar de paso el Escorial,
que el mundo entero se apresura á ver.

Prudencia muestras á tu ingenio igual!
No es este ya el severo y grato Eden
donde el bullicio se asentaba mal
y el ánimo del sábio hallaba bien!

No es este de Felipe el pensador
el austero recinto, que sosten
era del alma y del ingenio honor!

Perdió ya su severa magestad,
sobre todo en los meses del calor.

Admirárate ver, dó la piedad
al arte unida, un templo fabricó
para ser maravilla de otra edad,

los juegos que la infancia imaginó,
oir la alegre banda militar
y la trivial conversacion que dió,
y con harta justicia á mi pesar,
de frívola á esta edad que yo alcancé
nombre y fama que habrá de conservar.

Oh, dolor! En los claustros que la fé
al cenobita austero consagró,
en vez del monge la pastora hallé;

y no la que en sus églogas cantó
dulce Melendez, y era emblema fiel
del candor que en la aldea se albergó:

no la pastora, que á tomillo y miel
trasciende, cuyo ingenuo corazón
de las pasiones no gustó la hiel;
sino la que al espejo, en el salon,
imitó del postrero figurin
la saya, el sombrerillo y el baston.

Sí, hija mia, baston! De su magin,
tal es el extravío, que á mi ver
se figuran, al ir á este jardin,
el más llano que puede apeteecer
el deseo y la débil planta hollar,
á los nevados Alpes ascender.

Y aun algo más pudiera señalar,
mas no lo cuentas, que es harto cruel
en las celdas soldados encontrar,
y ver del refectorio hecho cuartel!

No lo cuentas, que el arte y la piedad
protestan juntos, y á su historia fiel,
el fundador con digna magestad
temo ha de estremecerse, revivir,
y con su poderosa voluntad
su mansion profanada destruir,

su coloso de piedra polvo hacer,
y contento segunda vez morir!

No vengas... pero sí, yo te haré ver
un monte artificial, al que subí
por la amistad guiada y el saber.

El bullicio llegar no sabe allí!
Es un retiro en medio de un vergel (1)
y allí tú sentirás cual yo sentí.

Más grande, mucho más, verás desde él
la obra de Juan de Herrera; el corazón
se ensancha al ver el monumento aquel
de tan severa y digna correccion,
que al conseguir el arte levantar,
suspensa deja y muda la razon.

¡Qué pequeño parece el ruin luchar
del hombre, ante aquel templo de la fé
que hace bienes terrestres despreciar!

Qué bello el arte desde allí se vé!
Qué rica la natura encontrarás!
¡Dios que grande desde allí admiré!...

(1) Montaña rusa en el jardin del conocido pintor D. Joaquín Si-
guenza.

(1) Cabrita, corderita.

Ven, te lo ruego, no vaciles más,
y pues sabe sentir tu corazón,
cual no has sentido nunca sentirás!

Y ni del mundo el más preciado don
que mintiendo placer cuesta sufrir,
ni el que produce efímera pasión,
se igualan al placer que da el sentir,
mente y alma fundiéndose las dos;
del mundo y su miseria prescindir,
y del genio y la fé marchando en pos,
llegar por un momento á comprender
la grandeza del arte y la de Dios!

Yo allí la comprendí: dejé correr
llanto del conmovido corazón,
y acaté el nombre del Supremo Sér
en recogida y mística oración!

JOAQUINA G. BALMASEDA.

Escorial, Agosto de 1872.

RODOLFO DE HABSBURGO,

EMPERADOR DE ALEMANIA.

En el tiempo de las pasiones violentas, de los nobles y levantados sentimientos; en el tiempo en que hasta los crímenes tenían un sello de imponente grandeza, habia en Suiza un conde llamado Rodolfo de Habsburgo, que no era poderoso por la extensión de sus tierras y el número de sus vasallos; pero que se habia captado el aprecio del pueblo y de los grandes por su magnanimidad, su sabiduría y su justicia.

Era en 1272, en plena Edad Media, y la Alemania destrozada por intestinas guerras, necesitaba un Emperador que, con su energía y su talento, supiese restablecer la dignidad imperial y devolver la paz á los trabajados pueblos.

Reuniéronse los príncipes en Francfort, y su elección recayó en Rodolfo, por considerarle, á causa de su carácter y posición, el mas inofensivo de todos.

Hallábase Rodolfo muy ajeno desospechar la elevación con que le brindaba la fortuna, cuando una noche se vió sorprendido por su suegro, Federico de Hohenzollern, Burgrave de Nuremberg, quien le dió la feliz noticia y le llevó consigo á Francfort, desde donde pasó á Aix, para ser solemnemente coronado. Sucedió entonces, que debiendo los príncipes del imperio prestarle homenaje en nombre de sus Estados, no se halló ningun cetro para efectuar la ceremonia; pero Rodolfo obvió prontamente la dificultad, y tomando una cruz, exclamó: *¡qué mejor cetro que este bendito símbolo de amor y de justicia, para el que pretende ser más que rey padre de sus vasallos!*

Este arranque le valió las generales simpatías.

Confirmó Rodolfo sus palabras con sus obras, pues desde aquel mismo momento se consagró á gobernar el imperio con tal rectitud y benevolencia, verdaderamente paternal, que hasta el último de sus vasallos sintió los efectos saludables de su gobierno.

Su modo de vivir fué tan sencillo como lo habia sido anteriormente, y ni en su traje ni en el lujo de su palacio podia reconocerse en él al Jefe de una de las naciones mas poderosas de la tierra.

Sin embargo, como Wamba, con quien tiene muchos puntos de contacto, supo desplegar una grande energía y poner á raya las ambiciones, tanto de los príncipes como de los humildes campesinos.

Los que le habian elegido para manejarle á su antojo sufrieron un horrible desengaño.

Comprendiendo que el ejemplo viene de arriba, empezó por el orgulloso Ottocar, rey de Bohemia, que se habia negado á rendirle homenaje, y tuvo que sucumbir ante su arrojo.

Rodolfo penetró con un ejército en los Estados de Austria, y redujo todo el país á la obediencia, hasta la ciudad de Viena, que fué al instante sitiada. Ottocar permaneció al otro lado del Danubio, creyéndose allí en seguridad por ser muy ancho el rio, pero Rodolfo hizo echar un puente con tal prontitud, para ir á atacar al rey á su mismo campamento, que asombrado éste y atemorizado pidió la paz. Obligóle Rodolfo á renunciar á sus estados de Austria, que vinculó en su propia familia, á la Styria, á la Carinthia y á la Carniola, con lo cual los demás príncipes rebeldes escarmentaron y se sometieron, cesando de todo punto las revueltas y perturbaciones que despedazaban antes á aquel país infortunado.

Pero así como los primeros rayos del sol disipan la sombra, así ahuyentan la tristeza que tortura el alma.

El bálsamo del consuelo descendió á nuestro espíritu y participamos de la alegría que manifestaba por todas partes la naturaleza alegre y bulliciosa.

La diligencia marchaba rápidamente, y los árboles y las colinas huían á nuestra vista, cual si fuesen empujados y perseguidos por un fantasma invisible. Asíábamos ver, y era imposible saborear, las delicias del paisaje.

—¡Dichosos nuestros padres, exclamamos, que si bien viajaban poco, viajaban con conciencia! Ahora los viajes se reducen á trasladarse de un punto á otro.

¡Antes al menos se tomaba un exacto conocimiento del terreno, del uso y las costumbres de sus habitantes!

Por fortuna nuestra el carruaje se detuvo: acababa de descomponerse una rueda.

La casualidad no podia haber escogido un sitio mas delicioso. Estábamos en el puerto de Ordal, que divide la cuenca del llano de Barcelona de la del Panadés.

Yendo de la capital á Villafraanca, y pasado el puente de Molins de Rey, empieza á elevarse el terreno hasta llegar al famoso puente del Lladoner, que une dos montañas cortadas por varias riegatas, las cuales forman un hoyo ovalado de mucho diámetro, y es tan horrendo el precipicio salvado por el puente, que parece imposible haya podido la industria humana proyectar obra tan atrevida.

En lo alto del puente hay una elevada cruz de piedra, desde cuyo punto domina la vista la mayor parte del pintoresco llano de Barcelona, inclusa la ciudad, las costas de Levante y de Poniente, gran parte del Panadés y el curso del Llobregat, desde las faldas de Monserrat, formando el último límite de este sorprendente paisaje las aguas inquietas del Mediterráneo, cubiertas de naves mercantiles, cuyas flotantes banderolas parecen confundirse con las nubecillas del cielo.

Vénse por todas partes altos picos que se destacan sobre el azulado horizonte, profundos y silenciosos valles, por los cuales se precipitan torrentes bramadores, magestad y grandeza por donde quiera que se dirijan los asombrados ojos.

¡Cuán salvaje y lozana es allí la naturaleza! ¡Cómo balancean sus ramas los árboles corpulentos, cuán tristemente se quejan los cristalinos arroyos, cuán fúnebre es el canto de los pájaros solitarios!

Las ramas de los árboles, sobrecargadas de hojas, se entrelazan unas á otras, y las flores silvestres desaparecen debajo del follaje alto y espeso que cubre las vertientes de los montes y profundos valles. Allí no se divisa la mano del hombre, allí los árboles no están simétricamente plantados, sino que descuellan aquí y allá, y despliegan caprichosamente su ramaje pareciendo hacer gala de su tronco desquebrajado y retorcido. Los unos crecen sobre una recta pendiente, é inclinan su copa desmelenada hácia el abismo; los otros se atraviesan sobre el camino y unen con sus centenarias raíces los picos salientes, formando por todas partes rústicos puentecillos. Aquí inclinan su verde ramaje hasta el suelo, símbolo de la caridad cristiana, allá elevan su enhiesta copa hasta los cielos, emblema de la soberbia ignorancia, que puso en manos de los descendientes de Abraham la primera piedra de Babel.



LAS DELICIAS CONYUGALES.

Murió este emperador, ó mas bien padre de sus vasallos, el 30 de Setiembre de 1291, á los 74 años de edad y 16 de reinado, siendo su memoria tan venerada en Alemania, que mucho tiempo aun después de su muerte, existía el siguiente proverbio: *no es esa la lealtad de Rodolfo.*

¡Ojalá que todos los príncipes pudieran asemejarse!

NICASIO ALVAREZ.

EL PUENTE DE LLADONER.

Era una alegre mañana del mes de Junio. Rayaba apenas el alba, y todos los átomos de la creación parecían reanimarse para saludar al sol nascente. Acabábamos de abandonar á la bella Barcelona, y nuestro corazón, lleno de júbilo, habia estado en armonía con la lóbrega noche que acababa de transcurrir.



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim II, 3.

Ayuntamiento de Madrid

Es la naturaleza inculta y desordenada, pero sublime y vigorosa, la que ostenta su severa magestad en todas partes.

Tanto como es bella allí la primera luz de la mañana cuando ilumina el cuadro con sus rosados colores, tanto debe ser melancólico el último destello del día, cuando todo el inmenso panorama se vaya sumergiendo por grados en la confusa sombra. Entonces el sublime desorden de aquella agreste naturaleza adquirirá tintes sombríos; el mugido de las aguas que se precipitan entre las rocas y los últimos silbidos de los pájaros que se refugian en las concavidades de las peñas, resonarán magestuosamente en medio del universal silencio, infundiendo en el alma un recogimiento solemne, mientras al rayar el alba, la lozana vegetación despierta riente de su letárgico sueño, y los montes parecen de esmeralda, de líquidas perlas los arroyos, y de oro y de topacio los insectos zumbadores.

Y entonces hablan de amor las aves con sus arpadadas lenguas, amor dicen las fuentes al quebrarse entre las guijas, amor suspira el aura entre las flores, y trémulos de amor los árboles balancean sus copas centenarias, que se destacan sobre el azul del cielo; pero ese amor que proclaman todos los ecos, que cantan todos los seres de la creación, no es el amor profano de los hombres, sino el amor puro y sublime que tributa la naturaleza á su Creador Omnipotente.

Las rurales casitas esparcidas aquí y allá, parecen blancas azucenas que se mecen sobre alfombras de verdura, y el sol que se eleva entre celajes de oro sobre el horizonte, envía sus mas esplendentes rayos á aquella naturaleza púdica, que no pretende con sus falaces galas dar realce á su hermosura.

También se ven algunos pastores que conducen sus numerosos rebaños á las laderas de los montes; pero su talla es erguida, su fisonomía enérgica, su paso firme y grave, su continente como el paisaje que los rodea.

Conservan el pintoresco traje catalán, abandonado ya en las ciudades y en las villas, y su larga gorra encarnada, sus calzones cortos y su ancha faja, dándoles un aspecto bravío, hacen que armonicen perfectamente con el severo cuadro.

Permanecemos mucho tiempo cerca de la cruz de piedra, en la cúspide del monte, embelesados con espectáculo tan variado.

Cuando la abandonamos, perdida la mente en un océano de delicias, no acertaba á formular ninguna idea.

El descenso por la parte del puerto es muy suave y no de mucha extensión. La población de San Pablo de Ordal está diseminada á la izquierda de la bajada del puente. Allí también se encuentra á Olérdula ó San Miguel de Erdol, en donde estuvo situada antes la Carthago Vetus de los Romanos, según la opinión de autorizados escritores.

Cerca de este último punto, y sombreada por corpulentos y frondosos árboles, se ve un antiguo y anchuroso edificio de piedra sillar y gótica arquitectura. Aquel edificio, llamado ahora Masía, llamóse en otro tiempo Castillo, y fué el terror de los sarracenos y el baluarte de la independencia patria.

Divisanse aun los restos de las derruidas torres, y sobre el anchuroso portalon se ostenta un grande escudo de armas.

Indicios son también de su anterior importancia los montones de piedras que se descubren en uno de sus ángulos, restos de sus fortificaciones, y la espesa yerba que le circuye cual una verde faja, y que ocupa el lugar del antiguo foso.

Llevados por la curiosidad entramos en el patio.

Todo el interior estaba reducido á escombros, y solo se conservaba en buen estado un inmenso salón, que servía al mismo tiempo de cocina, comedor y dormitorio á sus dos únicos habitantes.

Así es que en el ángulo de la entrada había un improvisado hogar, en el cual ardían algunas retamas, en el centro una mesa de pino y algunos escaños de madera, y en

llamarla esposa. Tenía ojos azules y largos cabellos de oro. Tenía la sonrisa de un ángel y el alma de una santa. El grito de mi patria agonizante me llamó al combate. Sacrifiqué cuanto poseía para armar á todos los aldeanos que quisieron convertirse en defensores de su sagrada independencia.

Cuando la bandera francesa ondeó sobre la cúspide del monte, preparamos una emboscada en estos desfiladeros. Era preciso retardar á todo trance la entrada del enemigo en Barcelona.

La campana de somaten había sido repetida por todos los ecos de estos valles, y ningún corazón podía permanecer sordo á su solemne llamamiento.

Era mos un puñado de hombres, y durante dos días consecutivos detuvimos el paso del ejército triunfante. Esperábamos refuerzos: nuestros hermanos contaban con nuestra resistencia, y para que los conquistadores hallasen el paso franco, era preciso que pasasen por encima de nuestros cadáveres.

El enemigo irritado con tan tenaz resistencia, esperando abatir mi constancia, puso fuego á Erdol. Era de noche.

Yo vi levantarse las llamas hasta el cielo, oí cual se desmoronaban los techos que habían cobijado las venerables cabezas de mis padres, y no di un paso, no solté las armas.

Pero de repente, en el puente de Lladoner, apareció una mujer pálida y desgredada. Dos feroces soldados la arrastraban en pos de sí. ¡Era Magdalena, era mi futura esposa, el ídolo de mi alma!

—Raimundo, gritó uno de ellos, ríndete, franquéanos el paso, ó esta mujer va á dormir el sueño eterno en el fondo del precipicio.

Un frío gracial corrió por mis venas, una nube de sangre cubrió mis ojos...

—Raimundo, gritó ella con su dulce acento, ¡antes que el amor, la patria; antes que mi vida, la salvación de Cataluña! ¡Vigen santa, recíbeme en tus brazos!

Y se abalanzó sobre el pretil del puente, y se precipitó en el abismo.

El combate que se siguió á esta escena fué un combate de muerte y de exterminio.

Los franceses se retiraron.

Yo fui trasportado lleno de heridas y moribundo á estas ruinas; pero al cabo de tres días, cuando recobré la razón, vi á la cabecera de mi lecho á la hermosa Magdalena.

Había invocado á la Virgen, y la Virgen la había salvado.

Un árbol la había recibido á la mitad de la pendiente en su tronco retorcido. Allí la vieron á la mañana siguiente los pastores, y lograron salvarla con el auxilio de una cuerda.

Cuando paseis por el puente, vereis una tosca imagen de la Virgen grabada en la misma piedra. Es la imagen que se esculpió allí en memoria del suceso, y que legará el acto heroico de mi mujer á los futuros tiempos. ¡Ah! la vereis cubierta de flores; es que todos los días se las llevan en tributo las pastorcillas de estos valles.

Arrodillaos delante de la imagen y rezad una salve: esto os preservará de los peligros del camino.

Por lo demás fui muy dichoso. Tuve tres hijos y los tres murieron en el campo de batalla defendiendo las libertades.



RODOLFO DE HABSBURGO, EMPERADOR DE ALEMANIA.

el fondo dos camas ocultas entre cortinas de sarga verde.

Sus habitantes eran un hombre y una mujer: paralítico el uno, octogenaria la otra.

Nos hicieron sentar con mucho agasajo.

—Mi amo, dijo la vieja señalando al paralítico, es el señor D. Raimundo de Erdol, el mas noble de todos estos alrededores.

Nuestras miradas se fijaron involuntariamente sobre los muebles de aquel mequino aposento.

—La noche sigue al día, murmuró con trémula voz el anciano, las negras é inflamadas nubes al sereno azul del cielo.

Cuando entraron los franceses en España, cuando franquearon las cordilleras de nuestros escarpados montes, esta casa no estaba convertida en ruinas. Yo poseía dilatados campos, numerosos rebaños; era joven y amaba. Amaba á la mas hermosa doncella de estos contornos, é iba á

Ayuntamiento de Madrid

des patrias. Magdalena espiró en mis brazos el año pasado: no me entristece su muerte, porque espero hallarla en breve bajo el manto de la Virgen salvadora.

Esta mujer es una criada fiel que ha pasado la vida á nuestro lado. Si bajárais á lo que fué antiguamente porque, veríais allí cuatro montecillos de arena cubiertos de flores. Allí descansan mi esposa y mis tres hijos; allí dormiremos en breve el sueño eterno, yo y mi fiel Catalina.

Entretanto, bendigo á Dios que me ha dado la vida para defender á mi patria, y le ruego que me reúna pronto con los objetos queridos de mi alma.

Cuando nos separamos del anciano teníamos el alma llena de indefinible respeto.

Al llegar al puente del Lladoner, vimos en un ángulo una reducida capillita, labrada en la misma piedra, sobre la cual se destacaba la efigie de la Virgen, Madre de los desamparados.

Postrámonos fervorosamente ante ella, y tejimos una guirnalda de florecitas azules y amarillas para adornar su frente.

Luego nos dirigimos silenciosamente á San Pablo de Ordal, á donde habían conducido la diligencia.

¡Fértiles comarcas de Cataluña, fragosas sierras en donde la honradez y la bondad, desterradas de todos los ángulos del mundo, han conservado un seguro asilo, altos montes que habeis sido en todos tiempos el baluarte de la Independencia Española, ¡os volveré á ver algún día! Ah, el instante en que perdí de vista vuestro sereno horizonte, en que dejé de oír el gorjeo de vuestros pájaros y el murmullo de vuestros árboles seculares, fué el instante mas triste de mi vida!

El que se destierra de su patria queda ciego: pierde los ojos del alma; porque, ¡en dónde hallará un paisaje, por sorprendente que sea, que conmueva dulcemente su corazón, como los paisajes patrios! ¡Qué armonías tendrán las áuras, qué perfumes las flores, qué matices el cielo, comparados con los que le embriagaban de delicias en su tranquila infancia!

ANGELA GRASSI.

EL FINAL DE LA STRANIERA.

Corría el año de 1829, y Bellini se hallaba en Milan; Pacini había el año antes hecho fanatismo con *Gli arabi nelle Gallie*, y aquél escribía la *Straniera* con Félix Romani.

Eran aquellos los felices tiempos del romanticismo, de los suspiros tras las ramas de los árboles, del paroxismo de las pasiones, de la meditacion á los rayos de la luna... cosas todas por las que el positivismo ha pasado su fria mano, con su helado pensamiento, con su corazón convencional.

El joven compositor estaba sentado ante su piano, solo, en una modestísima habitacion, mientras el sol poniente allá en lotananza, bañaba su rostro, al través de la ventana, con sus últimos rayos como para saludarlo en su postrer suspiro.

La partitura estaba terminada, excepto la última pieza.

Había leído el poema, y como siempre, quedado satisfecho. Y, sin embargo, ninguno era mas dificultoso con la poesía como el cisne de Catania; pero Romani parecía hecho expresamente para él.

En aquel momento había llegado á la pieza final, al ária de Anaide, y veía la imposibilidad de ir mas adelante.

Los versos no correspondían á su pensamiento, á la idea que había creado su fantasía. Eran tiernos y melodiosos en verdad, pero tenía necesidad de una poesía ardiente, apasionada; los sentía bullir en su mente, pero era preciso que el poeta interpretase su idea, encontrase la palabra de su enigma. Tímido, casi estamos por decir, púdico como su música, Bellini no se atrevía á nada por sí: en efecto, trató de componer una melodía sin palabras muchas veces, para llamar después al poeta y adaptárselas; pero cuantas veces procuró llevarlo á cabo, otras tantas tuvo que abandonar su proyecto después de inútiles esfuerzos.

Al fin se decidió á suplicar al poeta que viniera á su casa para explicarle su pensamiento.

—Bien, dijo Romani. Dentro de media hora te traeré otra composicion.

En efecto, un cuarto de hora después le daba á leer una segunda ária final. Bellini, con los ojos fijos en el papel, no contestaba.

—Ni esta te gusta tampoco!

—Francamente, ni esta.

—Te escribiré una tercera, y veré si logro contentarte.

En una palabra; no le gustó la tercera... ni la cuarta!

El poeta, meneando la cabeza, empezaba á dudar del estro del artista; temía se hubiera agotado con la partitura próxima á su conclusion, tratando de hacer pagar su culpa á la inocente poesía.

—Me veo obligado á decirte que no comprendo lo que quieres, dijo un poco picado el genovés, doblando el papel y metiéndoselo en el bolsillo.

—¿Qué quiero? exclamó Bellini, á quien se le animaron en aquel momento las mejillas y los ojos; quiero una cosa que sea una plegaria y una imprecacion, una resignacion y una protesta; quiero una cosa que sea una amenaza y un lamento, un delirio y una agonía.

Y lanzándose al piano inspirado, creó su ária, mientras que Romani lo miraba estupefacto... mientras que Romani, con la mirada encendida, escribía tambien...

—Esto es lo que quiero! exclamó por último. ¿Has comprendido ahora?

—Aquí tienes las palabras, contestó el poeta, dándose las riendo; ¡te parece que te he interpretado bien?

Era la famosa ária.

Or sei pago o ciel tremendo.

Bellini abrazó conmovido á su poeta; el uno era digno del otro. El ária se había rehecho cinco veces, pero quedaba una obra maestra.

VICENTE CUENCA.



EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO.

novela original

Escrita por E. Feijóo y de Mendoza.

(Continuacion.)

—Luis, le dije con dulzura, ¡estás enfermo! ¿Qué tienes?

—Estoy bueno, me contestó con sequedad: me ha dicho el tío que deseabas hablarme, ¿qué quieres?

—Ven aquí, repuse cogiéndole la mano y haciéndolo sentar á mi lado en un divan. ¿Por qué te marchaste anoche del baile?

Las mejillas del joven se colorearon, y su mano, que yo tenía entre las mías, tembló. Sin embargo, permaneció callado.

—Luis, proseguí con una ternura imperiosa. ¿Quiero saber lo que tienes! ¡Habla!

—¡Y tú me lo preguntas! ¡Magdalena! exclamó con tristeza. Anoche has tenido conmigo un comportamiento que no merecia.

—¡Silencio, le dije, aplicando mi mano á sus lábios, mano que él besó á pesar de su resentimiento; silencio, ¡vías ha hablarme de lo mismo que ya me habló mi padre!

—¡Y entonces! ¿de qué quieres que te hable? exclamó con exaltacion, pero con menos dureza.

—¡De qué! contesté yo con enfado. ¿Es preciso decir á un amante de qué ha de hablar con su amada?

—Magdalena, exclamó con pasion, por piedad, no te burles de mí. ¿Es verdad que me amas?

—Sí, le respondí con acento dulce, y dirigiéndole una mirada cariñosa.

—Y entonces, ¿por qué no nos casamos?

—¡Aun soy muy joven! murmuré con coquetería.

—Tú me engañas, prima, tú me engañas, me dijo volviéndose á poner serio. Si me amases, no hubieras estado anoche pendiente de los lábios de Romualdo. Es porque le prefieres, le distingues y acaso le amas.

Al oír esto, solté una tan franca carcajada, que Luis me miró asombrado.

—¿Por qué te ríes, Magdalena? ¡he dicho por ventura algun disparate! ¿Qué es si no, lo que puedo juzgar de tu extraña conducta?

—Querido Luis, dije yo dejando de reír, juzga de mi comportamiento como quieras, piensa lo que gustes, todo menos que pueda enamorarme de un fátuo como Eguilaz.

—Pues á fé que no te comprendo, contestó mi primo, ya mas tranquilo.

—Vas á entenderme ahora, le dije dulcemente.

Me quedé un rato pensativa, y luego, apoyando mi cabeza sobre el hombro de Luis, le dije tan bajo, que solo su corazón podía adivinar mis palabras:

—Luis, ¿me amas?

—¡Acaso lo dudas, amor mio! me contestó mi primo conmovido, y en voz tan baja como la mía.

—Pues bien, si me amas, añadí levantando la cabeza

de su hombro, y mirándole fijamente: es preciso que me prometas guardar un secreto que voy á confiarte, y que ni aun á mi padre se lo dirás.

—Te lo ofrezco, Magdalena, se apresuró á decir con tono solemne.

—Mi padre acaba de salir de aquí persuadido de que yo amo á Eguilaz; es necesario que tú le dejes en esa idea, y aun que aparentes creerlo.

—¿Para qué? exclamó el pobre joven, dando un salto sobre su asiento.

—¡Ya vuelves á ponerte serio! Si estás así, nada te diré, repuse con enojo.

—Perdona, amada mia, ¡pero á esa idea mi sangre hierve!

—Pues es necesario que te tranquilices, porque yo para todos, excepto para tí, voy á estar desde hoy en amores con Romualdo de Eguilaz.

—¡Magdalena! exclamó fuera de sí.

—Déjame continuar, proseguí con calma, y sobre todo no me interrumpas. Ayer noche en el baile, yo como viestes, arranqué á Romualdo del lado de Irene, so pretexto de hacer una figura de danza.

Al hacer esto, te confieso Luis, que mis miras llevaba, y estas me salieron todo lo mejor que podía desear. Sabes que Eguilaz es fátuo hasta la necedad, y con la mejor buena fé del mundo creyó que me había enamorado de su bella figura; yo le mantuve en esta idea, y de repente me hizo la declaracion mas ridícula que puedes imaginarte.

Lo oí aparentando sorpresa y placer, y casi, casi me comprometí con él. Hoy vendrá á verme creído de que ha hecho mi conquista; y Luis, te juro que no solo no le amo, sino que ni aun le estimo.

Mi primo sabia que yo era harto ingénua para engañarle; así fué que me preguntó con tono tranquilo, pero asombrado:

—Y entonces, querida, ¿qué fin te llevas tú en representar semejante comedia?

—El de vengarme, exclamé sordamente y con odio concentrado. La marquesa me ofendió sin tener motivo, y me vengo arrebatando á su hija el hombre á quien ama, y del cual creía que iba á ser la esposa.

—¡Eso es indigno, Magdalena! gritó mi primo, poniéndose en pie, y mirándome con aire severo. Irene ama locamente á Eguilaz, y por un necio capricho de amor propio vas á hacerla desgraciada. Dime, ¿es eso digno de un noble y generoso corazón?

—Será lo que quieras, le contesté yo resueltamente; pero mi determinacion está tomada, y nada habrá que me impida llevarla á cabo. ¡Ah! si fuese cierto que me amases como dices, hubieras sentido la injuria que me han hecho y tomarías una parte activa en mi venganza.

—Sentí en efecto el agravio, exclamó Luis con gravedad, condeno á la Marquesa por su altanería; pero una falta de cortesía no puede castigarse con una traicion, y jamás me asociaré á una bajeza. ¿Crees que es lícito arrebatarse á una mujer su ventura? ¿Crees que se puede jugar con el corazón de un hombre para satisfacer una mezquina venganza?

Yo, Augusto, era orgullosa, vana y altiva; me parecía que había hecho demasiado dando parte á Luis de mis proyectos con franqueza; así fué que, al oírle, me puse pálida de cólera, y le contesté con la mayor violencia.

—¡Bien, bien! puesto que tú lo quieres, otra cosa muy distinta sucederá. Me echas en cara el engañar á Romualdo, y todo consiste en que la mentira se convierta en verdad. Mi idea no era mas que dar una pasajera lección á Irene y á Eguilaz; no era mas que dar una pasajera lección castigándola á ella por su altanería, á él por su fatuidad: ella hubiera sufrido un poco, es cierto pero él hubiera vuelto á su antiguo amor mas rendido, aguijoneado por mi desprecio. Pero supuesto que tú lo quieres, las burlas se convertirán en veras: Romualdo será mi esposo.

—¡Magdalena! gritó mi primo aterrado. ¿Y mi amor, y nuestros compromisos?

—Soy libre todavía como lo es Romualdo, ¿por qué no hemos de casarnos? ¿Qué inconveniente hay en ello?

Mi padre acaba de decirme que jamás torcerá mi voluntad, y que nada tiene que oponer á esta boda.

Luis me escuchaba pálido, convulso. Al oír la palabra boda, sus manos se crisparon y sus ojos despidieron llamas de desesperada cólera. Al cabo de un instante procuró tranquilizarse; por un esfuerzo de su poderosa voluntad, reflexionó, y pensando, sin duda, que podía mejor, secundando aquel capricho de niña mimada, prevenir una catástrofe, me dijo:

—Dejemos á un lado ese ridículo casamiento, y hablemos en razon. Antes de obrar piénsalo mucho, reflexiónalo mucho. Vas á esgrimir armas muy peligrosas que pueden volverse contra tí. Sin embargo, si me prometes

que no se trata mas que de una burla pasajera y sin consecuencias, te guardaré el secreto y auxiliaré tu designio en cuanto pueda.

Me hice rogar mucho para perdonarle su primer movimiento de rebelion; por fin firmamos las paces, y para tranquilizarle por completo, le dije que asistiría escondido á mi primera entrevista con Romualdo.

En aquel momento entró mi doncella, y me dijo:

—Señorita, el Sr. de Eguilaz la espera á V. en la sala azul.

—Isabel, hazle entrar aquí al momento.

La doncella salió, y yo dije á Luis con los ojos chispeantes de placer:

—Ven, te ocultaré en mi salita de baño, y desde ella oirás cuanto hable con Romualdo; además, si dejas la mampara entreabierta, puedes mirarnos y verás si te engaña.

El se dejó conducir por mí, y acababa yo de sentarme otra vez en el divan, cuando con aire tranquilo y desembarazado, como quien está muy seguro de la victoria, entró Eguilaz.

CAPÍTULO VI.

CONVERSACION.

El aire fátuo de Romualdo me disgustó sobre manera, así fué, que le recibí con una frialdad glacial, y como si quisiera darle á entender lo inconveniente de sus miradas de conquistador.

Él comprendió su tontería, y reponiéndose, me saludó con la mas exquisita y respetuosa finura.

Le contesté con una leve inclinacion de cabeza, y le hice seña para que tomase asiento enfrente de mí en una otomana.

Romualdo tomó asiento, y después de mirarme con la mayor atencion, y como si quisiese penetrar hasta el fondo de mi corazon, me dijo con una seguridad y un aplomo que yo estaba lejos de esperar en él.

—Señorita, creo que V. debía esperarme hoy, segun anoche le manifesté.

Sabe V. muy bien á lo que yo vengo, y quisiera que, francamente, y dejando á un lado inútiles frases, me dijese V. en verdad lo que puedo esperar.

—Amigo mio, le contesté con dulzura, me pone V. en el mas grave compromiso de una mujer. ¿Por ventura ignora V. que ciertas cosas no las decimos con claridad nosotros nunca?

—Perdone V., Magdalena; pero yo soy tan incrédulo y torpe, que necesito plantear con claridad las conversaciones: ¿me ama V. señorita?

Yo me moví con impaciencia en el divan, y le dije friamente.

—Anoche expuse y demostré á V. lo suficiente mi modo de pensar, sin que ahora sea necesaria una repeticion, y solo me limitaré á decirle que quiero un rompimiento formal con la señorita de Valdelirios, y que V. la escriba desde aquí una carta segun yo le dicte: ¿está V. conforme?

—Magdalena, me contestó, estoy dispuesto á hacer lo que V. quiera, porque á su amor todo lo pospongo; pero es necesario que yo tenga las mismas seguridades con referencia á Luis Azpeitia.

—¿Cómo! ¿le incomoda á V. mi primo?

—Y mucho, respondió con sequedad; en unos términos tales, que debo exigir á V. que ese jóven deje de habitar la casa de su padre, y de estar á todas horas al lado de V.

Levanté la cabeza asustada para mirar á la mampara de la salita, que se movia con impaciencia.

Allí estaba Luis, y la situacion podia hacerse seria. Mi primer impulso fué soltar la carcajada y despedir á Eguilaz, pero eso era malograr mi venganza, por la que yo me hallaba dispuesta á hacer el mayor sacrificio. Hice un esfuerzo y me contuve, diciéndole con finura.

—Romualdo, Luis es hijo del hermano de mi padre, y no es regular ni digno que su tío le mande abandonar su casa.

—Puede V. indicárselo, repuso él con insistencia, Luis tiene demasiado talento y es demasiado delicado para no comprender una indirecta, y tomar prontamente su partido. Por mi parte no puedo consentir que digan en Salamanca que él es el preferido.

La paciencia se me acabó, y me puse en pié con violencia.

—Caballero, exclamé con altivez, veo que V. desconfía de mí, y esa es la mas grande ofensa que puede V. hacerme. Luis seguirá en mi casa, porque es una persona de mi familia, á la que no amo, pero sí le estimo y distingo mucho. ¿No le basta á V. que yo le diga que le amo? quiere V. escribir, ó nó, á Irene?

—Magdalena, repuso con humildad, veo que V. se enoja, y no insisto. Estoy dispuesto á complacerla á V. en todo: déme V. papel, y dicte la carta para Irene.

Y al decir esto se puso en pié y se quitó los guantes.

—Sea, dije yo, sacando papel de una cómoda y cambiando una mirada con Luis, que asomaba la cabeza por entre la cortina. En mis ojos habia tanto desprecio y repugnancia hácia Eguilaz, que mi primo debió quedar tranquilo.

Dicte á Romualdo la carta siguiente:

«Señorita, todos los proyectos de matrimonio que habia entre nosotros quedan desde hoy deshechos y sin ningun valor. La dejo á V. completamente libre, declarándola que yo haré á mi vez uso de esta misma libertad.

Su afectísimo, *Romualdo de Eguilaz.*»

Solo un hombre indigno y despreciable podia dirigir á una mujer que le amaba tanto una carta de esta especie, y debe V. figurarse si yo odiaria á los Valdelirios, para entablar relaciones amorosas con una persona semejante.

¡Ah! General, mi vanidad loca me impulsaba á la perdicion.

La carta fué mandada á su destino por un lacayo de mi casa.

Yo, por espacio de una hora, sostuve con Eguilaz una conversacion de amor. ¡Oh! cuánto trabajo me costaba mentir cariño á un hombre á quien interiormente despreciaba.

Salió de mi estancia con el rostro radiante de placer.

Luis, al marcharse él, se acercó á mí diciendome con tono solemne.

—Dios quiera, prima mia, que esa locura no te cueste serios disgustos.

—¡Estoy vengada! contesté yo satisfecha.

—Magdalena, la venganza es dulce, pero produce amargos frutos.

—¿Qué me importa?

Nada me contestó, y besando mi mano con ternura, salió de mi gabinete.

CAPÍTULO VII.

MIS AMORES CON ROMUALDO.

El casamiento de Irene con Eguilaz se deshizo: pronto lo supo todo el mundo, así como que Romualdo era mi pretendiente declarado.

Las burlas se tornaron véras, y no duraron ocho dias, como yo misma habia creído en un principio.

El temor de perder la ventaja adquirida me obligó á seguir la comedia, y por espacio de dos años me complací en presentarme en todas partes acompañada de Romualdo, pues mi gusto era ostentarlo á la vista de su antigua amante. Los chismes de una poblacion reducida, los dichos ofensivos llevados de una casa á la otra, las acciones violentas, y los desaires que mutuamente nos prodigábamos los marqueses y nosotros, la oficiosidad de las amigas, las habladurías de los desocupados, fueron otros tantos móviles para estrechar de una manera indisoluble aquel lazo que yo habia anudado por pasatiempo y ligereza. Sin embargo, yo no era mala, y cuando veia algunas veces á Irene pálida y abatida, los remordimientos me acosaban: comprendia mi vileza y me decidia á romper con Eguilaz; mas enseguida llegaba á mi noticia alguna insolencia de la vieja Marquesa, y mis buenos deseos desaparecian, y la fatalidad me arrastraba hácia Romualdo.

Mi primo, los primeros dias tuvo paciencia, pero viendo que ya iba largo el capricho, me manifestó su disgusto, y aun me amenazó con ausentarse de mi lado si proseguía de aquel modo.

Fiada en el ciego amor que me profesaba no hice caso de sus quejas ni de sus amenazas, hasta que el infeliz, con el corazon traspasado de dolor, se ausentó de Salamanca, sin que yo tratase de impedirlo. Mi buen padre me amonestó á su vez, y no hice caso de sus consejos. Mas ¡ay! cuando me hallaba sola, y pensaba en mi situacion, me estremecia de terror. No amaba á Eguilaz, le despreciaba, y sin embargo estaba públicamente comprometida con él.

Una terrible tristeza se apoderó de mí, y no sabia qué hacer para salir de una situacion tan angustiosa. Además, mi vanidad necesitaba nuevos triunfos, á los que se oponia la presencia de Romualdo.

General, tenia 20 años, era hermosa, rica y codiciada, y apesar de esto me consideraba, y con razon, la mujer mas desdichada de la tierra. Yo tenia necesidad de un sér que me amase por mí, sin otro interés, que me adivinase y me comprendiese. En una palabra, que me dominase y se hiciese dueño de mi corazon y mi cabeza, de mis

afecciones y mi vanidad; mas, amigo mio, nadie se me acercaba, por que todos sabian que estaba seriamente comprometida. Maldecia mi suerte, pero no rompía con Romualdo, temerosa de que reanudase sus relaciones con Irene y llegase yo á ser la fábula de Salamanca. Con este temor seguia atada á mi cadena, y era sumamente desgraciada.

Dejé de comer, me puse pálida y delgada; casi desconocida.

Era tan infeliz como Irene, sin tener el triste consuelo de que nadie me compadeciese. ¡Desgracia que mi carácter me originaba! Vino á aumentar mi desesperada angustia Romualdo con sus apremios de matrimonio.

Le parecia que después de dos años de amores, ya era tiempo de pensar en algo mas sério. Yo siempre me habia disculpado con mi juventud, pero ese recurso era ya inútil; tenia edad suficiente para casarme.

Puse un plazo, resuelta á prolongarlo, y en caso extremo romper aquellas odiosas relaciones apesar de todo, y por cima de todo; pero ¡oh! en este intermedio vino á llenarme de asombro la noticia de que Irene Valdelirios estaba atacada de una tisis que la llevaria en breve al sepulcro. ¡Dios mio! Mi desesperacion fué horrible, me echaba en cara la enfermedad, y quizá la muerte de la pobre jóven; detestaba á Romualdo como á un cómplice, y en mis espantosos remordimientos me revolcaba como una loca sobre las alfombras.

¡Cielo santo! ¡Cuán pronto se paga una falta, y lo que cuesta!

¡Cómo yo habia de pensar que un puntillo de vanidad costase la salud de Irene y la tranquilidad de mi vida! En verdad que el fátuo de Eguilaz no merecia tanta importancia.

En una de las tardes de mas calor del mes de Julio, me ahogaba y me sentia morir; mi buen padre me sacó al balcón á respirar el aire.

Apoyé mi cabeza en la baranda, y me quedé abismada en mis pensamientos.

De repente entró mi amiga Leocadia, y se arrojó en mis brazos.

Mucho tiempo hacia que no la veia, pues habiéndose casado con un capitan de Artillería, se habia ausentado de Salamanca.

Mi amiga se sentó en una silla pequeña, y tomando mis manos entre las suyas, me dirigió una mirada llena de tierna reconvencion.

¡Oh! General, aquella mirada era una acusacion, y penetró como un hierro candente en mi conciencia.

¡Cuánto sufría en aquel momento! ¡Cuánto maldecia mi loca vanidad, y el orgullo de la marquesa, causa de todo!

(Se continuará.)

Explicacion del Figurin 1042.

FIG. 1.^a *Traje para reunion.*—Vestido de muselina blanca adornada la falda con un bias y encima un rizado de muselina, y debajo un guipure maiz terminado con fleco. Este mismo adorno se repite en ondas mas arriba y guarnece en ondas la túnica, completando asimismo cuerpo y mangas. La falda termina por abajo con un volante rizado de muselina de 10 cents. de altura. Una rosa blanca con follaje en el cabello; guantes color de paja.

FIG. 2.^a *Traje para baile.*—Vestido de seda color malva. En el bajo de la falda lleva tres bullones de tul y encima un volante de encaje inglés: encima del volante se ponen otros tres bullones de modo que sigan los contornos de la túnica de encaje inglés. Bullones iguales, y grupos de rosas en el pecho y en los hombros. Un grupo de rosas con caidas levanta la túnica y adorna el peinado. Collar de perlas: guantes largos blancos.



LOS CUENTOS DE LA ABUELA.

El precioso grabado que lleva este título representa una escena de los pasados tiempos y de las pasadas costumbres, tiempos y costumbres de ayer, de las cuales sin embargo nos separa un profundo abismo. Ayer el anciano que se encaminaba á la tumba, después de haber cumplido su misión sobre la tierra, se veía rodeado del respeto y el amor de los seres á quienes había dado vida y debían ser los perpetradores de sus virtudes. El abuelo, jefe de la familia, era el oráculo de la casa, y pendientes de sus labios los nietecillos, oían envueltos en graciosas ficciones los preceptos de una moral sencilla, que por lo mismo que se presentaba de una manera tan agradable á su inteligencia, se grababa hondamente y para siempre en su alma. Aunque todavía no hayamos franqueado los linderos de la vejez, todos recordamos aquellas gratas veladas de nuestra infancia, en que después del estudio, y como recompensa de nuestra aplicación, escuchábamos con éxtasis aquellos relatos maravillosos, que hacían brotar en nuestros corazones el amor á lo bello y á lo bueno.

Y cuando habían volado las horas y sonaba la del reposo, ¡con qué santo respeto besábamos la mano del abuelo, cuya frente nos parecía coronada de una aureola de majestad, y nos entregábamos al sueño, formando mil generosos propósitos para el día siguiente!

Esto era ayer; hoy todo ha cambiado. Como si la locomotora hubiese impreso su marcha rápida y fantástica á las costumbres, en un breve espacio de tiempo se ha efectuado una trasformación completa. ¿En dónde está hoy el venerable abuelo? Como esos muebles antiguos que no armonizan ya con las novedades introducidas por la moda y se arrinconan, el abuelo, relegado á su aposento, gime en la soledad, cuando no se ve motejado y escarnecido. Sus hijos van á los cafés, sus hijas á las reuniones, sus nietos solos, ó confiados al cuidado de alguna sirvienta casquivana, van á jugar á las plazuelas, en donde recojen abundante cosecha de enseñanzas que no son por cierto de las que pueden guiarles algún día por el sendero del bien y la virtud. La familia ha desaparecido. ¡Ah, mucho tememos que esto sea por culpa de la mujer, vana, frívola é insignificante! ¡Mucho tememos que la angusta vestal haya dejado apagar el fuego sacro, y que por esto se haya apagado el sublime amor de la familia en todos los corazones!

Meditad sobre esto, señoras, y no olvidéis que en vuestras manos está el arca santa de las costumbres futuras.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

EMBALAJE DE LOS FRUTOS.

Nada mas desagradable para un ama de casa que quiere obsequiar con los productos de su huerto á sus amigas que residen en la ciudad, el saber que han llegado á su destino mostosos y desflorados. Esto depende del modo de embalarlos, y para hacerlo bien, solo se necesita un poco de cuidado. Para toda clase de frutos, lo mas á propósito son banastas de mimbrés, cuanto mas ordinarias mejor.

Primero se cubre el fondo con hojas frescas, y luego, en

los agujeros que forman los mimbres entrelazados, se van plantando verticalmente muchas ramas delgadas de castaño con sus hojas, las cuales, por su flexibilidad y consistencia, son mas á propósito para el objeto que las de los demás árboles, pues estas cualidades hacen que se levanten y no pesen sobre el fruto cuando se van cruzando por encima de la banasta. Los frutos se colocan en medio de las hojas y las ramas, y basta sacudir ligeramente la banasta para que se asienten por sí mismos. Por encima del follaje se cruzan muchos bramantes, sujetos al borde de la banasta, y por largo que sea el viaje, los frutos llegan sin detrimento á su destino.

**

MODO DE LIMPIAR LAS ALFOMBRAS.

Pronto será preciso cubrir el suelo de nuestras habitaciones con las ricas alfombras para preservarnos del frío,



EL CUENTO DE LA ABUELA.

próximo á invadirnos, y creemos por lo tanto muy útil dar algunos consejos acerca del mejor modo de limpiarlas: generalmente se emplean hojas de té húmedas ó serrín; pero en Flandes y otros países del Norte, proceden de una manera mucho mejor en nuestro concepto. Allí no las barren jamás, y así, además de la ventaja de no levantar polvo, se reporta la de que no se estropee la alfombra quitando la lana con la escoba. En vez, pues, de escoba, se toma una rodilla fuerte, y de color que no destiña, se humedece en agua clara y se pasa en todos sentidos por encima de la alfombra, humedeciendo la rodilla tantas veces como sea necesario. Es inútil advertir que los papeles, hilos, etc., se quitan antes con la mano.

**

MODO DE LIMPIAR LOS ADORNOS DE CISNE.

Todo hace presumir que en el próximo invierno esta clase de adornos estará tan admitida como en el invierno pasado. Así, pues, para aprovecharlo se procede del modo siguiente. Se descose el cisne y se le sumerge y empapa en agua de jabón tibia, se le frota muy despacio, se saca y se exprime para quitarle toda el agua. Luego se suspende sobre una estufa ó una hornilla, y cuando está seco se le frota otra vez, pero no con un cepillo, sino con el mismo cisne. De este modo, todas las plumitas que se han pegado entre sí se despegan y levantan, quedando, si se hace bien la operación, como nuevo.

EXCELENTE POMADA PARA EL CABELLO.

Se toman 125 gramos de manteca de cerdo depurada y fresca, y dos cucharaditas de quinquina en polvo, se baten estos ingredientes con una cuchara de plata, y se pone luego la pomada en sus correspondientes botes para guardarla.

**

LECHE VIRGINAL PARA REFRESCAR EL CÚTIS.

Veinte gramos de almendras dulces, y ocho de almendras amargas, se sumergen en agua hirviendo, para machacarlas después en un almirez de piedra. Mientras se las está machacando se van añadiendo poco á poco 140 gramos de agua de rosa, y luego se cuele el todo con un pedazo de muselina. Por último se añade á la mezcla un gramo de benjuí.

**

Soluciones á la charada inserta en el número 31 de EL CORREO, por las Sras. D.^a María de los Dolores Sainz y Rqzas, de Bilbao; D.^a Asuncion Crespo Micó, de Valladolid; D.^a Paula Ciriaco y Mancho, de Ochagaira; D.^a Ana Moner, viuda de Ros, Figueras; D.^a Petronila Coch, de Barcelona; D.^a Lucía Martínez, D.^a Facunda Moscoso, D.^a Jacinta Calans, Palma de Mallorca; D.^a Josefa Misal, D.^a Trinidad Cifuentes, Doña Cándida Almira, de Sevilla; D.^a Genoveva Santos, D.^a Dolores Nicolau, Tarragona; Doña Gerónima Alpuente, y los Sres. D. Gregorio Martí, Don Ponciano Truebes, D. Teófilo Salvatierra, D. A. A., de Barcelona; D. Santiago Miralles, de Córdoba; D. Estanislao Domínguez, D. Jesús Santelmo y D. Tomás Gavilan, de Santa Cruz de Tenerife.

ALMAGRO.

CHARADAS.

I.

Llamo yo con mi primera,
Y tertia y segunda como,
Y á mi todo en primavera
Frecuentemente me asomo.

J. R. G.

II.

Cuatro sílabas contiene
Esta sencilla charada:
Uno y dos un cierto traje
Queen tiempo de Adán se usaba
Y se estila hoy todavía
En diferentes comarcas.
Tres y cuatro un utensilio
Necesario en toda casa,

Que aunque viejo en Navidades
Su forma es, la de su infancia.
Cuatro y tres el sobrenombre
Conque á una mano llaman
Considerada inferior,
A su misma propia hermana,
Por nécias preocupaciones
En este mundo arraigadas.
Un juego es segunda y prima,
Pero sin naipes ó cartas,
Que no estando prohibido
Se juega en calles y plazas.
En carruajes de camino
Prima y tertia nunca falta,
Y de todo ser viviente
Es parte primera y cuarta,
Y siguiendo dos, tres, cuatro,
Naturalmente ligadas,
Es un golpe del billar,
O por derecho ó por tabla.
Finalmente, tertia y prima
Causa fué en mi patria amada
De infinitos cruentos males
Que aun lloramos por desgracia,
Porque ellos fueron principio
del todo que ha dado España.

GERÓNIMO COUDER.

Las Sras. Suscriptoras á la Edición de Lujo recibirán con este número el figurin iluminado

Editor-propietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872.—Tipografía de GREGORIO ESTRADA, Hiedra, 7.